



JOSÉ ARICÓ

Ludolfo PARAMIO

A comienzos de los años 70, quienes en España pretendían darse una cultura de izquierda seguían el periódico rito de visitar las librerías *rojas*, y, una vez conquistada la confianza del propietario o encargado, accedían al cajón o sótano donde se encontraban los libros prohibidos. Junto con obras clásicas del marxismo o del anarquismo, se buscaban las publicaciones de *Ruedo Ibérico*, y algunos manuales. (Quizá sea significativo que por esos años el tradicional Pulitzer comenzara a ser desplazado en los gustos del público progresista por un manual de técnicas sexuales *modernas*.)

Al comprador avisado le comenzaron a llamar la atención en esos años unos libros argentinos, fragmentos de una colección llamada *Cuadernos de Pasado y Presente*. Sólo estaban disponibles unos pocos de los títulos publicados, cuya lista creciente no podía dejar de despertar el deseo y el desconcierto del aspirante a intelectual, por la amplitud y heterodoxia de los autores que se agrupaban en aquel imprevisible catálogo. La cara oculta de la tradición marxista clásica, autores franceses e italianos de enorme prestigio en la época, se mezclaban con las actas de los Congresos de la Internacional Comunista. ¿A quién se le podía haber ocurrido aquella deslumbrante colección, cuya coherencia interna era difícil comprender?

A José Aricó, *Pancho*, militante del Partido Comunista de Argentina hasta su expulsión en 1963, precisamente por haber comenzado a publicar una revista, *Pasado y Presente*, que después de 1965 daría paso a los *Cuadernos*. La aventura había comenzado en Córdoba, la ciudad del *cordobazo*, a partir de un núcleo de intelectuales (comunistas o no) que compartían la creencia de que la cultura de nuestro tiempo no podía construirse a partir de un núcleo de intelectuales (comunistas o no) que compartían la creencia de que la cultura de nuestro tiempo no podía construirse a partir de una sola tradición, y que aun definiéndose como marxistas no dudaban en publicar a Lévi-Strauss, a Mallarmé o, llevados quizá de una excesiva amplitud de miras, al pelmazo de Derrida.

Pancho había entrado definitivamente por el mal camino al ceder a la propuesta de Héctor Agosti de colaborar en una versión al español de los *Cuadernos de la cárcel* de Antonio Gramsci, en la edición temática de Togliatti. Entre 1958 y 1962 aparecerían, editados por Lautaro, cuatro volúmenes. Las *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, traducidas y prologadas por él, le convirtieron en un paradójico marxista italiano en plena Córdoba, le darían claves nuevas para estudiar la realidad latinoamericana (lo que se traduciría después en su reinterpretación de Mariátegui en clave gramsciana), pero sobre todo harían de él un heterodoxo irreductible.

En 1969 Aricó se estableció en Buenos Aires, asociado a la nueva empresa de Siglo XXI Editores de Argentina. Puso en marcha la traducción de Pedro Scaron de los *Grundrisse* de Marx, a la que seguiría una cuidada nueva traducción de *El capital*. Además continuó con la publicación de los *Cuadernos* y en 1973-74 hubo una segunda etapa de la revista *Pasado y Presente*, en un escenario que, como resume Juan Carlos Portantiero, estaba ya definido por la lógica del «partido armado», lógica que, tras el derrumbe del insólito gobierno de Isabel Perón, condujo en 1976 al *proceso*, a una dictadura de siete años que sembró el terror y la muerte en la sociedad argentina.

Aricó marchó entonces a México: camino del exilio Portantiero y él pasaron por Madrid, donde tuvieron un almuerzo con Fernando Claudín y algún amigo más joven (Claudín y Aricó compartían sin duda un paralelismo en sus trayectorias que les permitía coincidir hasta en una sarcástica nostalgia). Fue en México D. F. donde, según sus amigos más próximos, tuvo Aricó la mejor experiencia de estudio y reflexión, con las ventajas de la distancia respecto a las urgencias políticas inmediatas y del calor de un núcleo de compañeros que se habían visto forzados a seguir el mismo camino.

Oscar del Barco le ofrecería la posibilidad de colaborar con la Universidad Autónoma de Puebla, donde él había aterrizado, y Siglo XXI le daría no sólo trabajo sino la posibilidad de continuar con la publi-

cación de los *Cuadernos* y poner en marcha además una ambiciosa biblioteca del pensamiento socialista. Junto con una gigantesca labor editorial, Pancho desarrolló en México una labor de debate entre los exiliados argentinos: el Grupo de Discusión Socialista y la revista *Controversia*.

Pero tuvo tiempo además de ampliar sus amistades con alguna gente que había conocido en España (y a la que introdujo en el circuito mexicano) y con los llegados de otros exilios latinoamericanos. Puede parecer excesivo decir que a finales de los años 70 se creó a partir de México, y con la aportación sustancial de Aricó y de los exiliados argentinos, la primera intelectualidad de izquierda latinoamericana con *una conciencia continental*, capaz de ver el bosque más allá de los árboles de los problemas nacionales. Puede parecer excesivo, pero muchos de quienes se encontraron allá en aquellos años parecen compartir hoy esa idea.

En 1983, de vuelta en Argentina y ya abandonados, con casi cien títulos publicados, los *Cuadernos de Pasado y Presente*, Pancho se embarcó, con Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula, en una nueva revista, *La Ciudad Futura*, y en un Club de Cultura Socialista. Su reinterpretación de la realidad latinoamericana, que le había llevado a publicar una obra básica y polémica (*Marx y América Latina*), tomó ahora la forma de una reconstrucción de la trayectoria de Gramsci en Argentina y en Latinoamérica (*La cola del diablo*). Investigador perfeccionista y prolijo, seguía repasando el manuscrito de una obra sobre el pensamiento de Juan B. Justo, el fundador del socialismo argentino, en la que rompía con la visión economicista que tradicionalmente se viene ofreciendo de sus ideas.

El 22 de agosto de 1991 José Aricó murió en Buenos Aires. Tenía 60 años. Hoy el Club de Cultura Socialista ya lleva su nombre, y éste es quizá el mejor homenaje a quien sus amigos definen como un socialista empedernido y un *uomo di cultura*. Supo pasar de la tradición comunista al socialismo democrático, mantener una apertura intelectual desconcertante y certificar la muerte del marxismo, o asegurar su actualidad, según el interlocutor al que pretendiera sacar de quicio. Pues, como escribió con urgencia Beatriz Sarlo, «disentir con Aricó era fácil: sabía ser también el mejor punto de resistencia y, hasta la exasperación, el más barroco lugar de síntesis de posiciones diferentes». Ningunas palabras pueden, aun así, dar idea cabal, a quienes no le conocieran, de su generosidad, su apasionamiento, o su perverso sentido del humor.

Para María Teresa